

Testimonio de lucha

Matilde Muñoz Montero
Exdirigente del FRAP

Nací en Madrid en 1948, en Chamberí. Mi padre era de Calatayud, había ganado la guerra, tenía el carnet de falangista y era el «jefe de casa»: anotaba regularmente todos los movimientos de los vecinos de la comunidad y los entregaba a la policía. Murió cuando yo tenía 4 años y mi hermano nueve. Fui al colegio de monjas de las dominicas, muy cerca de casa, mientras mi hermano estaba en los agustinos. Pasábamos todas las vacaciones en el pueblo con los abuelos maternos. Ellos habían perdido la guerra. A mi abuelo se lo llevaron los fascistas a «darle el paseo» y le salvó un amigo. Mi abuelo no quería hablar de ello, pero mi abuela me contaba «historias de la guerra» que me encantaba escuchar.

La discriminación y maltrato que padecía mi madre en su trabajo me indignaba, pero a su vez no entendía por qué mi hermano tenía unas reglas de comportamiento tan diferentes de las mías. Y me rebelaba. Así que ya desde muy joven nació mi conciencia feminista.

Fui a la universidad, a estudiar Ciencias Económicas. Empecé en 1966. Enseguida me interesé por la política y empecé a colaborar con la FUDE, Federación Universitaria Democrática Española. La política del PCE y sus alianzas no me gustaba. Y la FUDE era el grupo más activo y presente en la facultad. Asambleas, manifestaciones, octavillas, carteles. Teníamos un ciclostil de manivela escondido en la capilla. Años



Matilde Muñoz en la tumba de Karl Marx, cementerio de Highgate, Londres, septiembre de 1969 (Fuente: Matilde Muñoz).

de activismo, estudio y conciencia. Y años de grandes enfrentamientos familiares que desembocaban en palizas y castigos. Mi hermano era muy fascista y pensaba que la represión era el método para terminar con mi rebeldía. No me daban dinero. Trabajaba y estudiaba.

En 1968 me escapé de casa y mi hermano me denunció a la Brigada Político Social, dándoles libros marxistas y agendas. Intenté casarme pero legalmente no podía sin el

permiso de mi familia. Empezaron a llamar a gente. Los compañeros me convencieron para volver. Me presenté en la Comisaría de mi barrio, chica buena y estudiosa, les expliqué los malos tratos que recibía en casa. Y mi familia decidió enviarme a un convento de monjas de Calatayud. Allí estuve meses, en una celda, con únicamente los libros de texto. Hacía mucho frío, no me dejaban ponerme pantalones, solo debajo de la falda. Las monjas no entendían el por qué estaba allí, y poco a poco se fue ablandando la rigidez. Un examen importante convenció a mi madre de la necesidad de mi vuelta a Madrid. Aprobé el examen y no volví al convento.

Los compañeros de la FUDE me convocaban periódicamente para proponerme el ingreso en el PCE (m-l), Partido Comunista de España (marxista-leninista), pero nunca me consideraban apta: era feminista y foquista, ambas consideradas desviaciones pequeñoburguesas^[1].

Me casé con mi novio, antiguo militante del PCE (m-l). Y al año nos fuimos con una beca, procurada a través de Enrique Tierno Galván, a Turín, Italia, a un Instituto de Estudios Europeos. Estuve participando en un colectivo feminista. En mis viajes entre Turín y Madrid llevaba y traía paquetes del Partido. En una de las entregas el compañero que me recibió me preguntó si yo era del Partido y cuando le dije que no y le expliqué por qué, indignado por el sectarismo, me dio la entrada, diciendo que ya hablaría él con los camaradas de Madrid. Después supe que ese camarada era del secretariado y se le conocía como Raúl Marco. Le puse en contacto con Riccardo Gualino, antiguo militante del PCE (m-l), que fue detenido en 1965 con un disparo en la boca, tras una acción de reparto de propaganda, y que, en cuanto italiano, tras casi cuatro años de

cárcel fue expulsado de España.

Volví a Madrid y me incorporé a la organización. Estaba en el activo de la UPM, Unión Popular de Mujeres. Nuestra responsable era Juana Doña. Gran camarada a la que siempre he querido mucho. Impulsamos la organización, teníamos muchos grupos de mujeres, en barrios y en fábricas. Trabajamos en el barrio de Vallecas para impedir desahucios de chabolas. Las mujeres del barrio hacían sus octavillas, siempre sencillas y contundentes. Editábamos el periódico *Liberación*, que escribíamos nosotras y que reproducíamos con un planígrafo o «vietnamita», de noche en casas de compañeras o de simpatizantes. Hacíamos encuentros, asambleas, apoyábamos a las mujeres a que definieran sus propias y específicas reivindicaciones. Un trabajo lleno de satisfacciones que hacíamos con entusiasmo y viendo sus frutos.

En el activo teníamos muchas discusiones sobre el enfoque de nuestra organización. Yo era la feminista del grupo.

La política frentista del PCE (m-l) llevó a impulsar la creación del FRAP (Frente Revolucionario Antifascista y Patriota). En el 1971 se empezaron a formar los Comités pro-FRAP. La Unión Popular de Mujeres (UPM) era una de las organizaciones que integraban el FRAP, que se proclamó en noviembre de 1973^[2].

En 1973, el activo de la UPM tuvo una reunión con responsables del Partido de Madrid. El Partido había decidido desmontar la UPM y organizar a sus militantes bajo otras siglas: las obreras a la Oposición Sindical Obrera (OSO), las demás según donde vivieran o trabajaran^[3]. Y las teníamos que convencer nosotras. Fue la reunión más horrible de mi vida. Traté de frenar lo que

2.- La UPM fue creada por el PCE (m-l) en 1968 [N. E.].

3.- Creada por el PCE, a finales de la década 1950, con el desarrollo de CCOO en la década siguiente, la OSO pasa a ser controlada por el PCE (m-l).[N. E.].

1.-El foquismo es una estrategia de expansión revolucionaria a través de focos o núcleos de combate guerrillero, inicialmente rurales, propuesta por el Che Guevara [N. E.]

consideraba una barbaridad, pero la decisión estaba tomada y no valían argumentos. Lloré y me desesperé.

En la manifestación del primero de mayo de 1973, convocada por el FRAP en Atocha, se produjeron enfrentamientos con la Policía y un político-social fue acuchillado. Habíamos decidido defendernos de la violencia policial. Sufrimos muchísimas detenciones. La organización del Partido estaba en un momento muy difícil. Juana Doña me encargó hacer de trámite para contactar a camaradas que se habían quedado desconectados, o que necesitaban documentos para poder salir del país.

Mi marido, que estaba en el FUS, Fondo Unido de Solidaridad, viendo las detenciones, se fue a Inglaterra.

En el verano de 1973 me incorporé al Comité Regional del Partido. Me ocupaba de organización. Pero duramos poco: el uno de septiembre me detienen. En el centro de Madrid teníamos una cita. Llegué antes y tuve la sensación de que estaba todo «tomado». Pasé junto a una camarada que venía a la cita y mientras le susurraba que nos fuéramos se nos tiraron encima varios policías y nos metieron violentamente en un taxi. Yo salí corriendo por la otra puerta y me agarraron tirando de la falda que desgarraron. Vi que otro camarada salía corriendo al ver la escena. Nos detuvieron a todos. Yo era la única que vivía con mi identidad. Trabajaba en Garza.

Nos llevaron a la Puerta del Sol, a la DGS, Dirección General de Seguridad. Estuve los tres días reglamentarios. La celda estaba en los bajos, era pequeña, sin luz natural, con una bombilla siempre encendida encima de la puerta metálica con un agujero en el centro a través del cual podía ver un pasillo oscuro y las puertas de otras celdas. Un poyo de cemento y una manta horrible. Escuché a mi camarada cantando canciones de lucha. Pero allí estuve muy poco. Mi

tiempo lo pasé en los varios despachos y salas de la Brigada Político Social. Me recibió Billy el Niño a bofetadas. Sin preguntar nada. Me salía sangre por la boca y la nariz y lo dejó. Trato humillante. Y además llevaba la falda desgarrada por detrás. Pero eso era lo de menos. Sentirte en manos de torturadores sin saber lo que pasará. Perder el sentido del tiempo. Que te nieguen ir al servicio cuando lo necesitas. Que no te den agua cuando tienes sed. Yo no hablaba nada. No conocía a nadie. Las cosas que llevaba encima, documentos y dinero de las cuotas, me los había dado un desconocido y los tenía que entregar a otro desconocido en otra cita. Me tuvieron de pie, de cara a la pared, sin poder doblar las piernas porque si lo hacía recibía golpes con una vara. No sé cuántas horas estuve así. Sentí que el policía estaba aún más cansado que yo. Me tumbaron en una tabla y me pusieron corrientes eléctricas en los pies y los tobillos. Un día me dieron un bocadillo y agua. Me enseñaron álbumes de fotos pero no conocí a nadie. Vi a un camarada en otro despacho que hacía «el pato» de un lado a otro. Lo confundí con otro.

De la DGS nos llevaron a las Salesas, a declarar ante el juez, que no aceptaba nada de lo que le dijeras. Y desde allí en un furgón a la cárcel. Me trasladaron con la camarada que detuvieron junto a mí. Entramos en Carabanchel, entonces se llamaba a este edificio destinado a mujeres, «el psiquiátrico». Contentas porque se habían acabado los días en la DGS. Recibidas con gran cariño por las compañeras que allí estaban. La llegada era un alivio. Como no había celdas de aislamiento llegamos directamente a la nuestra. Ducha, váter, ropa limpia, sábanas limpias. Comer y descansar. Cariño y solidaridad. Tener noticias.

Allí estuve seis meses hasta que me concedieron la libertad provisional, negada como tres veces. Cuando llegué estuve en

una celda de ocho camas, con un cristal que ocultaba un váter y un lavabo con un espejo, con una ventana cerrada con listones de hierro oxidado. Las políticas estábamos juntas con las demás presas, incluso en las celdas. Con el tiempo, y gracias a las salidas, conquisté una celda individual en el segundo piso, pequeña pero con luz natural de una ventana con rejas desde la que se veía la calle. Podía leer en la cama hasta que apagaban las luces y tenía un váter y un lavabo para mi sola.

El ambiente era tranquilo y las relaciones buenas. Las políticas éramos todas del FRAP. Todas, excepto una, estábamos a la espera de juicio. En el tiempo que estuve pasaron presas de otras organizaciones que, o salían inmediatamente o iban a juicio. No recuerdo cuantas éramos, creo que unas quince. Teníamos una comuna en la que compartíamos comida, golosinas, artículos de droguería, dinero. Había ropa para quien la necesitara. Las familias nos traían comida para todas. Recuerdo que mi suegra nos traía un flan grandísimo y buenísimo. Y mis compañeros de trabajo me mandaban cantidad de jamón estupendo. Casi nunca comíamos el rancho.

Podíamos recibir cartas de familiares directos que llegaban abiertas, leídas y censuradas con tachones negros. El ABC podía entrar recortado en ventanitas. Luego pedíamos a las familias que nos dieran las noticias censuradas.

Estábamos muy organizadas y hacíamos actividades de formación, debate, lectura, trabajo manual y ejercicio físico. Y cantábamos. Cantábamos mucho. Dos camaradas tocaban la guitarra. Éramos todas jóvenes.

Nuestra relación con las presas no políticas era muy buena. Estaban allí por drogas, por asaltos a mano armada, por robos, dos francesas por banda marsellesa. Hablábamos mucho con ellas, escuchábamos sus historias y contábamos nuestras razones.

Las invitábamos a nuestras actividades. Las ayudábamos a escribir peticiones, a rellenar documentos, y a lo que necesitaran. Y ellas nos cortaban el pelo, se ofrecían para hacer lo que sabían; las prostitutas estaban convencidas de que nos tenían que enseñar muchas cosas sobre el sexo. Tenían razón. Algunas presas no políticas entraron en la comuna. Descubrimos que una estaba haciendo de chivata, la metimos en una de las celdas y la dimos dos bofetadas. Salió al día siguiente. Y a cuatro de nosotras nos castigaron sin visitas ni paquetes. Nuestros camaradas de Carabanchel, hombres, no estaban de acuerdo con nuestro trabajo con las llamadas presas comunes, pero nosotras lo discutimos y seguimos haciéndolo.

Recuerdo el patio pequeñísimo por el que caminábamos en grupos como leonas enjauladas y el frío, lavábamos la ropa y por la mañana estaba con *chorlitos*. Cuando íbamos a comunicar pasábamos por el patio de las madres. Era siempre una imagen impactante. No nos dejaban hablar con ellas. Allí estaba una enfermera condenada por hacer abortos. Era una señora maravillosa.

Mi madre se portó fenomenal, iba y venía de los juzgados, tomo cariño a Cristina Almeida que era mi abogada. Y la votó en las primeras elecciones.

La salida de la cárcel siempre es impactante. Encontré trabajo en un estudio de urbanismo y alquilé una habitación. Estuve un tiempo en cuarentena militante y después el Partido me envió a Italia. No estaba yo muy de acuerdo, prefería quedarme en el interior. Me proporcionaron una nueva documentación y pasé la frontera en tren llegando hasta Milán en donde me habían montado una cita. Tuve gran alegría cuando vi que quien me recibía era Riccardo Gualino, que había conocido personalmente en Turín. Se había incorporado al Partido y llevaba la organización en Italia y la Comisión de Europa. Y en Milán me estaba también

esperando mi marido. Nuestro encuentro fue nuestra definitiva separación. Tras un periodo en Milán me trasladé a Roma. Era la responsable de la organización en Italia.

Cuando la lucha en España se incrementó y agudizó, empezaron a pedir pena de muerte para muchos detenidos. Y tras las acciones armadas del FRAP, con las que yo estaba de acuerdo, los jueces militares pedían pena de muerte para nuestros camaradas. Once peticiones de pena de muerte. Nuestra actividad aumentó y decidimos emprender una gran campaña de apoyo a los presos políticos, a todos los presos políticos. Y en contra de las penas de muerte.

Agosto y septiembre de 1975 fueron meses de gran activismo: relaciones con todos, mítines por toda Italia, actos en universidades, manifestaciones, asambleas, reuniones, octavillas, entrevistas, distribución de información y documentación, presiones al gobierno de Franco y al Vaticano.

En octubre de 1974 me uní a Riccardo Gualino, que ha sido mi compañero y el padre de mis dos hijos. Hemos estado juntos hasta su muerte en 2018.

En 1976 volvimos a Madrid. Entramos separados en dos coches con otros dos camaradas. Uno de ellos era Raúl Marco. Seguíamos siendo clandestinos y viviendo con documentación falsa. La organización estaba muy golpeada. Fuimos contactando con la gente y reorganizando. Yo había sido amnistiada y recuperé mi identidad. Riccardo seguía con su orden de expulsión y vivíamos clandestinos.

Mi militancia estaba muy limitada. No podía participar en acciones. No podía poner en peligro a Riccardo. Estuve haciendo cosas discretas. Iba a la Coordinadora de Mujeres, en representación de la UPM, que en realidad no existía como tal. Pero nuestra voz y posiciones estaban allí.

Detuvieron tres veces a Riccardo. Una de ellas en el metro apuntándole una pis-

tola en la cabeza. No sabía lo que pasaba hasta que me llamaba la Policía y me hacía comprarle un billete de avión. Lo veía en el aeropuerto. Magullado, con el cuerpo morado. Una de las veces estuvo desaparecido diez días. Una situación alucinante. En 1981 fuimos de vacaciones a Italia y Riccardo se enfermó. Así que decidimos quedarnos en Roma. Desmonté la casa y me llevé todo. Así terminó mi militancia.

El machismo impregnaba las organizaciones antifascistas. En el FRAP y en el Partido había muchas mujeres militantes, seguramente tantas como hombres. No sucedía así en los órganos de dirección. Aunque estábamos orgullosas de que en el secretariado del partido, colectivo de tres personas, estuviera una mujer: Elena Odena.

La vida diaria de las militantes estaba influenciada por el machismo. El argumento era que «no podíamos diferenciarnos de los demás», por lo que, por ejemplo, si vivías en una comunidad de vecinos en la que la limpieza de las escaleras se hacía de forma alternada entre todos, el camarada se negaba a fregarlas... Todas teníamos que batallar en casa para compartir las tareas. También había homofobia. Se llegó incluso a expulsar a militantes homosexuales. Se seguían acriticamente las características sociales de la época. La desarticulación de la UPM fue un ejemplo flagrante.

Mi militancia estuvo muy limitada desde que me uní a un camarada que organizativamente era más importante que yo. Esto me ha dolido siempre y me sigue doliendo. Pero siempre he defendido posiciones feministas. Siendo, en la mayoría de los casos, derrotada.

No he vuelto a militar en ningún partido. Sigo considerándome una comunista. Una comunista un poco heterodoxa. Sigo estudiando y analizando mi experiencia militante. Los errores. Las causas. He conti-

nuado siendo activista de movimientos sociales y feministas. En Roma, he participado activamente en el comité de vecinos de mi barrio, en las organizaciones de padres en defensa de la escuela pública y por la eliminación de la asignatura de religión, en el movimiento por la defensa del agua pública y en contra de su privatización (ganamos un referéndum sin el apoyo de partidos políticos, aunque sí de sus bases), en la cooperación internacional entre los pueblos, en la creación de grupos de compra solidarios y su red, en actividades antifascistas y anti-racistas, en el apoyo a mujeres migrantes, en la defensa de los derechos de las mujeres (aborto libre, seguro y gratuito, sanidad feminizada). He trabajado en una ONG de cooperación al desarrollo y en una revista de movimientos sociales.

He aprendido muchísimo de mi experiencia de lucha. He aprendido muchísimo de la vida en la clandestinidad. Seriedad, consecuencia, espíritu colectivo, defensa de las ideas, análisis de la situación, diplo-

macia para alcanzar los objetivos, trabajo de grupo. Compaginar una vida privada con la actividad militante clandestina. Aprendizajes que me han servido en la vida. He tenido camaradas a los que he querido mucho y quiero, y aun hoy encontrarme con ex camaradas, con los que siento lazos fuertes y emocionantes, es un privilegio. Grande es el cariño y respeto entre nosotros.

De mi militancia estoy muy orgullosa. No me arrepiento de nada. Me considero una persona que ha hecho siempre lo que consideraba correcto y justo y una entre todas las que se han colocado, con todos sus riesgos, de la parte justa de la Historia. Sigo formando parte de las invisibles que contribuyeron a derrocar al franquismo e hicieron posible el cambio de nuestro país. No cambió como queríamos. Las consecuencias las seguimos viviendo. Y sin olvido ni perdón, seguimos a la espera de recuperar la memoria de los crímenes franquistas y de llegar a obtener para todos verdad, justicia y reparación.